

PRÓLOGO

Apenas he pasado de los veintinueve años, pero en mi espesa cabellera no queda ni un solo pelo negro. La gente no es especialmente delicada y me insulta, por lo que me veo obligado a llevar siempre un sombrero de algodón. Esto en una persona joven ya es de por sí extraño.

Cuando me encuentro con alguna persona por primera vez, enseguida mira de soslayo a mi cabeza. Eso si se trata de alguien discreto, porque también hay otros que, sin esperarse a la presentación de rigor, ya se están interesando por mis canas. Me pregunto si habrá más gente con el pelo completamente blanco a mi edad.

Solo hay una cosa que me moleste más que esas preguntas por mi pelo; que me pregunten por la cicatriz redondeada en la parte superior del muslo derecho de mi mujer. Una marca irregular, roja, enorme. Como de una operación de cirugía mayor. Con todo, una vez, un cirujano vio la cicatriz y no supo decir qué intervención podría haber causado algo así. No podía haber sido un tumor, era demasiado grande; ni una enfermedad de los músculos, ni una quemadura, ni un defecto de nacimiento. No había visto nunca nada igual. Estuvo de acuerdo, eso sí, en que semejante herida debía de haber causado un dolor terrible. Era como si ahí hubiera tenido otra pierna y se la hubieran amputado.

Se podría decir que es natural que una pareja tan bien avenida como nosotros comparta un secreto. Pero no es así. No es para nada un secreto, aunque naturalmente, nos resulta

tremendamente incómodo explicar el porqué de nuestras rarezas.

Hace mucho tiempo leí *Venganza* de Marie Corelli¹. En ella al protagonista lo entierran vivo, y tarda una noche en poder escapar de la sepultura; cuando finalmente lo consigue, tiene el pelo totalmente blanco.

Por otro lado, leí que a un individuo lo tiraron por las cataratas del Niágara en un barril metálico y sobrevivió, pero su cabello también se había blanqueado.

Así que parece que sí, que el color del pelo de una persona puede cambiar radicalmente debido a situaciones de extremo terror o sufrimiento. Yo soy la prueba viviente, completamente canoso antes de los treinta, a pesar de que nadie se crea la espantosa historia que viví.

Y es que, a pesar de contar con la cicatriz de mi mujer y mi cabeza canosa como pruebas fehacientes, nadie me cree. Cada vez que he intentado explicárselo a alguien, me he encontrado con que se trata de una tarea muy desagradable. Primero, porque es una larga historia; segundo, porque no soy bueno narrando y, lo más importante, porque siempre me doy de narices con un muro de incredulidad. La mayoría acaban quejándose de que les estoy intentando tomar el pelo y piensan que soy un fanfarrón o un cuentista.

Entiendo que la gente no esté preparada para creer que algo tan estremecedor sea verdad. No obstante, cada vez que conozco a alguien y me hace la temida pregunta, no puedo evitar suspirar y pensar que ojalá tuviera un libro para decir: «Tome, aquí está todo explicado con detalle, léaselo».

He aquí la razón por la que finalmente me he decidido a darle forma escrita a lo que nos ocurrió a mi esposa y a mí.

Qué lástima que nunca se me hayan dado bien las letras. Me gustan las novelas y he leído bastantes, pero escribir... aparte de las redacciones que entregaba en la escuela de negocios, las

1 Novela británica publicada en 1886.

cartas oficiales, los formularios y la correspondencia comercial, no he escrito nada.

Después de meditarlo mucho, me puse manos a la obra pensando que, como la historia ya la tenía, pues la habíamos vivido, era simplemente cuestión de ponerse y escribir. Fue coger la pluma y darme cuenta de que no iba a ser tan fácil; es muy complicado hacer que un relato resulte creíble. Aunque esté basado en experiencias reales. Sin duda, mi inexperiencia en la escritura debe ser la causante de que cada vez que releo lo escrito, me encuentre con que he escrito demasiado o me he dejado acontecimientos importantes. He acabado concluyendo que contar acontecimientos reales, aunque sumamente extraños, no garantiza para nada terminar con una buena novela.

Debo de haber escrito el inicio de mi libro unas veinte veces, y todas, he acabado haciendo una bola con el papel y tirándola a la papelera. Al final, a base de probar, he decidido que lo más razonable es comenzar explicando cómo nos enamoramos Kisasi Hatsuyo y yo.

Para alguien como yo, que no es novelista profesional, exponer nuestra historia de amor a los ojos de todos será una ardua tarea. Pero si no comienzo por ahí, el resto no se entenderá.

Aunque les parezca increíble a los lectores, toda la serie de acontecimientos que da inicio a mi narración se desarrollaron a lo largo de solo dos meses. Me veo obligado a avisarles de que se encontrarán con asesinatos, amor y comportamientos extraños de una maldad, que nadie habría imaginado hasta ahora. Algunos dirán que es una novela de detectives; otros, que es una novela de miedo; y otros, simplemente, que es una novela extraña.

Sea como fuere, doy inicio al relato de mi historia.

UNA NOCHE PARA EL RECUERDO

Por aquel entonces, yo era oficinista en S.K., una pequeña empresa dedicada al comercio con la sede en un edificio alto del barrio de Marunouchi en Tōkyō. Contaba yo con unos veinticinco años y mi puesto no era para nada importante. El sueldo, en consonancia, no era ninguna maravilla, pero tenía que conformarme porque mi familia no tenía precisamente una buena posición y porque había conseguido el trabajo nada más graduarme en la escuela de negocios W. Llevaba trabajando allí cuatro años, en el departamento de contabilidad. Por aquel entonces, no había calculadoras, así que me pasaba todo el santo día sumido en el clic clac de las cuentas del ábaco². Lo cual no me parecía mal del todo, ya que era para lo que me había preparado la escuela de negocios. No obstante, también me gustaban mucho las novelas, la pintura, el teatro, el cine, etc. Tenía ciertas inclinaciones artísticas, por lo que es fácil de imaginar que aquella tarea mecánica y repetitiva de empleaducho, en el fondo, me mortificaba mucho más que a mis compañeros de trabajo. Estos se iban de copas noche tras noche, o a los cafés con baile, y el resto del tiempo libre se lo pasaban hablando de deportes. No eran mala gente, pero su temperamento chocaba con el mío, muy reservado, de

2 算盤 *soroban*. Cuadro de madera con trece alambres paralelos y en cada uno de ellos cinco bolas móviles, usado en las escuelas para enseñar a los niños y para ciertas operaciones elementales en el comercio.

manera que en los cuatro años que llevaba en la empresa no había hecho ni un solo amigo. Esto agravaba el sentimiento de monotonía que me invadía al ir a trabajar.

A pesar de todo, en el momento de iniciar mi historia, algo había cambiado, porque llevaba unos seis meses yendo de buena gana al trabajo. Y es que fue entonces cuando contrataron a una tal Kisaki Hatsuyo, de dieciocho años, para el puesto de aprendiz de mecanógrafa³.

Puede sonar exagerado, pero me atrevo a decir que Kisaki Hatsuyo era la viva imagen de mi mujer ideal. Su rostro era pálido, pero no enfermizo, sino melancólico. Su complexión era alta y esbelta, flexible como una caña aunque le faltara la majestuosidad de las bellezas antiguas. Su frente, amplia y despejada, demasiado quizá para una mujer, estaba adornada por dos cejas de trazado irregular que le conferían un aire misterioso. Este se acrecentaba por sus ojos rasgados y estrechos, separados por una nariz no excesivamente alta sobre unos labios generosos. Su barbilla era más bien pequeña, sus mejillas, a veces, se esculpían con hoyuelos; su labio superior, ligeramente prominente y poco separado de la nariz.

Quizá, dé la impresión de que no la estoy describiendo correctamente, pero es que ella no era una belleza al uso; decididamente poseía el tipo de encanto que solo podía llamarme la atención a mí.

En el medio año que había pasado, había dejado escapar innumerables ocasiones de entablar conversación con ella. Cada mañana, sin embargo, nos hacíamos una reverencia sin mediar palabra.

3 La imagen de Japón como anticuado e inamovible es bastante falsa. El emperador Meiji (1852–1912) modernizó el país efectivamente facilitando la educación universal y gratuita incluso a las mujeres antes que en España. Esto facilitó su incorporación al mundo laboral. Sin embargo, hasta fechas recientes, se esperaba que las mujeres dejaran su trabajo al casarse para poder ocuparse de la familia correctamente. Lo cual no quita que durante buena parte del siglo xx Japón fuera más moderno que España en temas sociales.

En una empresa tan grande acabas por saludar solo a los que les tienes un poco de confianza, que en mi caso no era casi nadie hasta que llegó Kisasi Hatsuyo. Qué gran suerte o qué gran desgracia, según se mire, fue que entre todas las empresas acabara entrando a trabajar en la mía.

Un día, finalmente, me atreví a dirigirle la palabra. Ojalá aquella pequeña acción solo hubiera servido para pasar la primera página de nuestra historia de amor. Pero no, el tinte de la misma había de cambiar de rosa a rojo y de rojo a negro.

Aquella mañana Kisasi Hatsuyo inclinaba su cabeza diligentemente sobre la máquina de escribir. La forma de su cabeza, preciosa, se veía perfectamente, ya que llevaba todo el pelo peinado para atrás, y recogido en una coleta que se hacía ella misma. Llevaba un traje chaqueta de color violeta pálido y sus hombros se estremecían ligeramente porque estaba tecleando algo en la máquina vehementemente.

HIGUCHI HIGUCHI HIGUCHI HIGUCHI HIGUCHI
HIGUCHI HIGUCHI HIGUCHI

Era el encabezado de una carta, por lo que sería el apellido de alguien, lo que yo no entendía muy bien era para qué lo estaba repitiendo tanto.

Tenía intención de decirle algo así como:

—Señorita Kisasi, ¿qué está escribiendo con tanta emoción?

Pero al acercarme a ella, que estaba de espaldas a mí, con voz desvaída solo pude acertar a articular:

—Señorita Higuchi...

Alzó la mirada inmediatamente y respondió con un tono de voz perfectamente natural:

—¿Sí? —Como si ella fuera la colegiala y yo el maestro de la escuela.

Me quedé un buen rato sin palabras; estaba convencido de que se llamaba Kisasi... ¿Y si había estado llamándola mal

todo aquel tiempo? No podía ser que se hubiera equivocado con su propio apellido:

—¿Usted se llama Higuchi? Yo creía que era Kisaki...

Ella pestañeó y un ligero rubor subió a sus mejillas:

—Pues claro, qué equivocación más tonta... Me llamo Kisaki.

—No se preocupe, no era nada...

Hatsuyo sacó inmediatamente el papel del rodillo, lo hizo una bola y lo tiró a la papelera.

Gracias a esta pequeña anécdota rompimos el hielo y nos empezamos a conocer mejor. Más adelante escucharía de nuevo el apellido Higuchi y sabría que no había sido una equivocación banal.

Hasta ahora mi relato parece tomar los giros típicos de una historia romántica; debo avisar a los lectores que no hay nada más lejos de mi intención. De manera que voy a resumir un poco cómo evolucionó mi relación con Hatsuyo.

Tras aquella pequeña conversación casual, no me atreví a pedirle una cita, pero, paulatinamente, acabamos volviendo los dos juntos a casa. Es decir, subíamos al ascensor a la vez, íbamos a la estación de tren, nos montábamos en el mismo vagón, pero luego en el transbordo ella iba hacia Sudzuru mientras que yo me dirigía a Waseda. Aquel corto intervalo que compartíamos era el momento más feliz del día y lo esperaba con ansia.

Poco a poco, fuimos ganando confianza y en lugar de tomar el tren directamente nos parábamos en el parque de Hibiya, cerca de la oficina, y paseábamos o nos sentábamos en un banco y charlábamos. O bien bajábamos en la estación de transbordo, Sugawachō, e íbamos a una de las deslucidas cafeterías de la zona a charlar tomando una taza de té.

Tras medio año de relacionarnos de esa manera, nos atrevimos a ir a uno de los hoteluchos de las afueras. Esto requirió grandes dosis de valor, para alguien tan naíf y tímido como nosotros. Tanto Hatsuyo como yo éramos melancólicos y

solitarios; y eran otros tiempos. Las cosas se hacían de otra manera.

Aquí debo confesar que aunque Hatsuyo era mi pareja ideal y estábamos hechos el uno para el otro, yo ya había tenido un encontronazo con el amor. Había sido con un tal Moroto Michio. Aprovecho para presentarlo ahora porque será uno de los personajes clave de mi historia, pero baste con explicar que era licenciado en medicina y estaba trabajando en Tōkyō, realizando sus propias investigaciones.

Cuando él era estudiante de medicina y yo, de negocios se enamoró de mí aunque yo no sentía lo mismo por él en absoluto. Se trataba de un joven muy noble y, por lo que yo sé, sus intenciones hacia mí siempre fueron buenas y nunca se propasó. Ya fuera por cierta pena hacia su difícil elección, o porque me sintiera halagado de que alguien como él se sintiera atraído hacia mí, mantuvimos una especie de amistad de la que ya hablaré más adelante.

Queda claro que, como experiencia, mi amistad con Moroto no aportaba mucho al panorama amoroso, así que allí estábamos Hatsuyo y yo, en un hotel de barriada, en nuestra primera noche juntos. Lo recuerdo como si fuera ayer.

Habíamos estado en una cafetería lo más anodina posible, como si nos hubiéramos escapado de casa. Intentando apagar el ardor —vergüenza, remordimiento— que nos corroía por dentro, yo ya iba con tres *whiskys* en el cuerpo, mientras que Hatsuyo iba por su segundo cóctel. Así hasta que nos subieron los colores⁴, y, una vez perdida la razón, pudimos enfilear nuestros pasos hasta la recepción del hotel.

Nos llevaron a una habitación con cama de matrimonio. Las paredes estaban recubiertas de un papel manchado de humedades, que se despegaba en algunas partes. La de bichos que habría allá debajo. No era precisamente una *suite* nupcial.

4 Muchos asiáticos no procesan bien las proteínas del alcohol y efectivamente, tras beber poco, se ponen rojos como un tomate, lo cual es una marca inconfundible de que están borrachos.

El botones, sin dirigirnos la palabra, dejó encima de la mesa una bandeja con té aguado y las llaves de la puerta. Cuando se hubo marchado, nos miramos con ojos de extremo asombro. Hatsuyo ya había empezado a recuperar su color normal y, por otro lado, a pesar de su timidez, era una persona muy decidida, mucho más que yo. Sin embargo, le temblaban los labios. Así que, más para darme ánimos a mí mismo, le pregunté:

—¿Tienes miedo?

Ella cerró los ojos y giró la cabeza de un lado a otro a modo de silenciosa respuesta, pero no resultó nada convincente; sí que estaba asustada.

Qué vergüenza. Ninguno de los dos había imaginado que sería así. Dos adultos embarcados en su primera noche de amor. Cuando lo pensamos, sonaba divertido. Pero allí estábamos, encima de la cama, tumbados el uno al lado del otro, quietos. Por supuesto, no habíamos tenido la valentía de quitarnos la ropa. Nos manteníamos callados cavilando qué era lo que habíamos hecho mal. Frunciendo los labios y pensando en esto y en aquello. Con los pies sobresaliendo del borde de la cama, moviéndolos arriba y abajo para pasar el rato.

Dejamos pasar una hora sin decir palabra hasta que finalmente, con un hilo de voz Hatsuyo sugirió:

—Oye, ¿y si hablamos de algo? No te he contado nada sobre mí.

Al escuchar esto, sentí cómo una oleada de impaciencia recorrería mi cuerpo, me sacudió de encima la indolencia dejándome con una nueva y refrescante sensación:

—Me parece perfecto. Cuéntame cualquier cosa que te haga sentir bien.

Hatsuyo se recostó para estar más cómoda y me contó con voz pausada y suave de dónde venía, mientras yo la escuchaba atentamente, sin moverme ni un ápice, embelesado. Sus palabras llegaban a mis oídos como un suave arrullo. Nunca antes había intentado contarle a nadie lo que ella me dijo y me doy

cuenta ahora de la honda impresión que me causó su relato. De hecho, puedo recordar todas y cada una de sus palabras. Pero no es necesario que las reproduzca todas, con un resumen de lo más importante será suficiente:

—No sé si te lo habré comentado antes, pero no sé de dónde vengo ni quién es mi familia. La que ahora es mi madre... tú todavía no la has conocido... La que yo digo que es mi madre y con la que vivo, en realidad es mi madre adoptiva. Ella me lo contó una vez. Cuando ella y su marido eran jóvenes me encontraron en el puerto de Kawaguchi, en Ōsaka, y decidieron criarme. Me hallaron en una esquina oscura en el muelle de carga, delante de un barco de vapor. En las manos tenía un pequeño hatillo y estaba llorando a moco tendido. Dentro del hato, había un libro de familia y un trozo de papel con mi nombre y mi edad escritos. Con eso supieron que me llamaba Hatsuyo y que tenía tres años. Hasta entonces, no habían podido tener hijos, así que se lo tomaron como un regalo del Cielo y decidieron adoptarme legalmente. Me trataron maravillosamente bien, primero los dos; luego, cuando mi padre murió, mi madre me sacó adelante con gran esfuerzo, por lo que nunca he dudado de que me querían como a una hija de verdad.

Su padre, antes de morir, había removido Cielo e Infierno intentando seguir la pista del libro de familia pero estaba bastante roto y le faltaban páginas. Solo constaban el nombre y el linaje del abuelo paterno. Se trataba de una antigua familia de samuráis, sin lugar a dudas, pero como no constaba ningún lugar de residencia, y teniendo en cuenta que en Japón la gente solo tiene un apellido, no se podía investigar más. Con la mirada perdida Hatsuyo siguió explicando:

—Yo tenía tres años, así que no recuerdo nada de mis padres naturales. Pero si cierro los ojos... tengo dos recuerdos de antes. Solo dos, a los que me afero con todas mis fuerzas. En el primero, estoy en una playa. Hace un día soleado y estoy jugando con un bebé. Quizá era mi hermanito y lo habían dejado a mi cuidado. Ante mí, se extendía el azul del mar pero, justo detrás, entre brumas violáceas, se alzaba una peña con forma de vaca.

Lo he recordado muchas veces... Ese bebé debía ser mi hermano o mi hermana. Pero a él o a ella no lo abandonaron y quizá siga viviendo con mis padres. No te puedes imaginar la tristeza que me causa pensar eso. Es como si se me rompiera el corazón. —Parpadeó levemente y continuó con la mirada en el infinito, como si monologara—: Mi segundo recuerdo es de una colina de rocas. Y encima, una casa solariega con un muro de tierra alrededor, inmenso. El edificio principal con el tejado amplio, a dos aguas, impresionante. Y al lado un almacén, establo o granero, de paredes blancas, deslumbrantes al sol. No hay ninguna otra casa alrededor; detrás de ella se extiende el color azul del mar. Y mucho más atrás, de nuevo, la extraña península con forma de vaca, rodeada de niebla. Es el mismo paisaje donde jugaba con el bebé. He soñado tantas veces con esa tierra y ese mar... Si pudiera, viajaría por todo Japón. Sé que tarde o temprano daría con un paisaje idéntico al de mis recuerdos. En algún sitio tiene que estar mi pueblo natal, el lugar de donde vengo.

—Oye, se me da fatal, pero si quieres puedo dibujarte ese paisaje de tus sueños. ¿Quieres que lo intente?

—Sí... sí... pero entonces tendré que explicarte cómo es con más detalle.

Tomé el papel del hotel que había en una bandeja sobre la mesa de la habitación y con el lápiz que había al lado fui dibujando el panorama que me describía. No era más que un burdo esbozo y, en aquel momento, no podía imaginar lo importante que resultaría más adelante.

—¡Es increíble! ¡Es exactamente como lo has dibujado! —exclamó contenta Hatsuyo al ver mi dibujo.

—¿Me dejas que me lo quede? —pregunté, después cogí el pequeño papel y lo doblé.

Luego, con mucho cuidado lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta. Después de todo era el sueño de mi amada.

Continuamos hablando de esto y de aquello, Hatsuyo se abrió a mí y me contó sobre sus penas y sus alegrías. Así pasamos

nuestra primera noche juntos. Hermosa noche, aunque no la terminamos juntos, porque, cuando nos cansamos de hablar, cada uno volvió a su casa.

No había pasado ni un mes cuando volvimos una segunda vez al mismo hotel. Después, a medida que fueron pasando los días, los sentimientos de Hatsuyo y los míos se fueron haciendo más y más profundos. Por desgracia no todo iba a ser tan bonito como deseábamos.

Un día, Hatsuyo me invitó a su casa, para que conociera a su madre. Esta fue muy amable conmigo, pero en cuanto le hicimos saber nuestra intención de ir en serio, la cosa se torció un poco. No es que la madre y el resto de familiares de Hatsuyo se opusieran formalmente, pero decían que éramos demasiado jóvenes y que nos estábamos precipitando.

Pero nosotros nos habíamos hecho una promesa, queríamos casarnos, y enseguida buscamos la manera de rubricar nuestro amor. Con el sueldo de un mes, conseguí hacerme con un anillo de turmalina para Hatsuyo y se lo regalé el día de su cumpleaños. Lo hice como había visto en una película; paseando por el parque de Hibiya nos sentamos en un banco, le cogí la mano y le puse el anillo en el dedo. Hatsuyo estaba contenta como una niña. Nunca antes había tenido ni un anillo ni ninguna otra joya. Permaneció silenciosa unos minutos y finalmente dijo:

—He estado pensando... —Abrió su monedero—, en qué podría darte a cambio. Yo nunca podré comprar un anillo. Pero tengo algo valioso. Aquí tienes. Es mi libro de familia. Lo único que me queda de los padres a los que nunca conocí. Siempre lo llevo conmigo, en este monedero, para sentirme cerca de mis ancestros. Es como el hilo invisible que me mantiene unida a mi madre, dondequiera que esté. Nunca me he separado de él, pero como no tengo nada más, te lo doy a ti. Este libro es lo más importante que tengo después de mi propia vida... Sé que no vale nada para ti, pero espero que lo cuides.

Sacó de su monedero un sobre hecho de tela antigua; dentro estaba el delgado libro de familia, apenas unas pocas páginas. Me lo puso en las manos. Yo lo saqué con cuidado del envoltorio:

—¿Ves este sello⁵ de estilo antiguo?

—Higuchi...

—Sí, es lo que yo estaba escribiendo aquel día. Creo que ese es mi auténtico apellido, por eso cuando me llamaste por él, yo respondí como si fuera la cosa más natural del mundo —se acercó a mí y tocó brevemente el arrugado papel—. A mí me parece un papel viejo, sin ningún valor, aunque quizás valga más de lo que yo imaginaba. Una vez alguien quiso comprárselo a mi madre y ofreció un precio muy alto. Mi madre debió de haberse ido de la lengua porque se presentó en casa uno de una librería de segunda mano. Pero yo le dejé bien claro que no me separaría de estos papeles ni por todo el oro del mundo.

Un anillo y un libro de familia, esos fueron nuestros regalos de compromiso. En nuestra bendita ignorancia pensábamos que ya estaba. Aunque, desafortunadamente, la vida real no se asemeja a los juegos de niños y, como caído del cielo, a Hatsuyo le salió un pretendiente con más dinero, mejor posición y estudios que yo.

Por aquel entonces todavía se estilaban los matrimonios concertados, y para ello, se recurría siempre a los servicios de una casamentera profesional. El aspirante en cuestión había contratado a una que se presentó ante la madre de Hatsuyo y dio comienzo oficialmente a las negociaciones prematrimoniales. La madre de Hatsuyo le dio la noticia el día después de nuestro intercambio de regalos. Conocidos del nuevo pretendiente ya habían estado rondando la casa de Hatsuyo un mes antes, más o menos.

En cuanto me enteré de la noticia mi sorpresa fue mayúscula, pero no por el hecho de que se hubiera presentado un pretendiente, o que este fuera mejor que yo, sino porque aquel en cuestión no era otro que Moroto Michio. A decir verdad, más que sorpresa, la noticia me causó estupor y una terrible

5 Sello estampado con tinta roja que en China, Japón, Taiwán y Corea hace las veces de firma.

aprensión, ya que yo sabía a ciencia cierta que tras aquella proposición había algo oscuro. Ya mencioné antes, sin demasiado detalle, que Moroto había mantenido conmigo durante años una inusual relación amorosa. Yo no estaba enamorado de él, pero apreciaba la manera de hablar que tenía, tan culta, y no negaré que el chico poseía un extraño encanto, por lo que estando con él no me sentía incómodo en absoluto.

Yo estaba en el cuarto curso de la escuela de negocios y me veía obligado a vivir separado de mi familia. Tenía una habitación en el barrio de Kanda, en Tōkyō, en una pensión llamada Hatsunekan. Moroto también se hospedaba allí. Yo tenía diecisiete años y él, veintitrés. Ir con alguien mayor ya era una hazaña para los de mi edad. Mucho más si se trataba de alguien tan talentoso como Moroto. Dejarme ver con él alimentaba mi ego, por lo que cuando se me acercó yo acepté de buen grado ser su amigo.

No habían pasado ni dos meses desde que nos conocíamos cuando descubrí sus verdaderos sentimientos hacia mí. No me lo dijo él en persona, me enteré por las burlas y los comentarios que les oí a los amigos de Moroto. Yo no me los tomé en serio, pero, a partir de entonces, presté atención a su comportamiento cuando estaba conmigo y me di cuenta de que cuando me veía, se instalaba en su blanco rostro una sonrisa luminosa. Yo, aunque inocente, no era tonto, porque en mi escuela había visto y oído cosas, así que enseguida me imaginé lo que pasaba y cada vez que él me saludaba y sonreía yo no podía evitar sonrojarme, pero tampoco es que me muriera de la vergüenza.

Las habitaciones en la pensión no tenían agua corriente, así que íbamos a lavarnos a los baños públicos del barrio. Moroto me invitaba a menudo, porque muchos amigos iban juntos para charlar y frotarse la espalda siguiendo una costumbre extendida en la época⁶. Nosotros también nos ayudábamos a limpiarnos, antes de entrar en la piscina de agua fría o agua caliente. Pero

6 Y actualmente también.

cuando él me frotaba la espalda con el jabón, suavemente... no sé, me recordaba a cómo me lo hacía mi madre.

Cuando paseábamos, él me pasaba el brazo por detrás de los hombros⁷ o a veces nos cogíamos de la mano. Cuando sus dedos rozaban los míos, yo sentía cómo le palpitaban, pero fingía que no notaba nada aunque por dentro me palpitaba el corazón al sentirme a su merced. Nunca le apreté la mano más de la cuenta para evitar que pensara que de algún modo le correspondía.

Además, no creo que estuviera interesado en mí físicamente, si no, yo habría salido corriendo. Aunque siempre me estaba regalando cosas: me llevaba al cine, al teatro, a las carreras... Me corregía los trabajos; antes de los exámenes se quedaba ayudándome a estudiar hasta las tantas. Nunca más se ha portado nadie tan bien conmigo. Si las cosas hubieran podido continuar así... Pasado un tiempo, cada vez que me miraba a la cara, el rostro de Moroto se llenaba de melancolía y dejaba escapar un suspiro.

Cuando pasaron seis meses desde que nos conocimos, una noche, la cena de la pensión no nos acabó de agradar, así que salimos a cenar a uno de los restaurantes de los alrededores. No sé por qué razón, a Moroto le dio por beber, como si le pasara algo. Me dijo que yo también bebiera, a mí, que no había probado ni una gota de alcohol⁸ en mi vida. Tomé dos o tres copas de lo que fuera que habían servido y ya noté la sangre subiéndome a la cara y la cabeza dándome vueltas como un carrusel.

Volvimos a la pensión agarrándonos el uno al otro, cantando a todo pulmón. Él quería subir a mi habitación y así lo hicimos. Entramos y nos quedamos delante de mi cama, en el centro de la habitación. Yo no sabía si se iba a acostar, si se

7 En la época era normal el contacto íntimo entre amigos del mismo sexo, mientras que el contacto con alguien del sexo opuesto era tabú. Las chicas también caminaban cogidas de la mano. Hoy día, por el contrario cualquier contacto entre personas en público no está bien visto.

8 La mayoría de edad llegaba, y llega, a los veinte años.

iba a sentar... Me tiré de golpe a la cama. Moroto se quedó de pie al borde de la cama, mirándome fijamente:

—Eres tan guapo...

De pie, mirándome, resultaba tan cautivador que si en aquel momento me hubiera podido convertir en mujer le habría pedido que se casara conmigo.

Torpemente, Moroto se arrodilló junto a la cama y me cogió la mano derecha:

—Qué manos más calientes.

Él también las tenía ardiendo.

Giré la cara hacia una esquina de la habitación y, al cabo de un rato, al mirarlo a la cara vi en él una expresión de extremo arrepentimiento. Con voz falsamente alegre exclamó:

—Era broma. Era broma. ¿No te habrás creído todo lo que te he dicho?

Permanecimos mirándonos en silencio un buen rato hasta que, súbitamente, Moroto se levantó y se sentó en mi escritorio, poniendo, con un golpe, sus codos sobre el tablero. Se cubrió la cara con ambas manos. Tras unos minutos alzó la cara bañada en lágrimas:

—No me dejes de lado, por favor. Pensarás que soy un invertido... un monstruo... Ojalá pudiera explicarte... Pero la gente a veces es tan cruel... Solo te pido que no huyas de mí, que no me ignores. Te ruego que me escuches alguna vez, que me acompañes. Me conformaré con ser solo tu amigo, si me dejas. Te lo juro, Minoura.

Yo no entendía muy bien lo que estaba pasando, pero sus palabras y sus lágrimas me parecían sinceras.

Después de aquello no empecé a sentir aversión hacia Moroto, pero los días felices en la pensión habían llegado a su fin. Bien podría ser que lo que hubiéramos tenido entre los dos se hubiera roto con aquella conversación, o bien que mi

carácter introvertido fue el culpable. De cualquier modo, se me hizo imposible seguir viviendo allí y cambié de pensión.

Moroto al principio se debió sentir herido. Pensaría que yo no había sido capaz de entender lo difícil de su vida, pero poco a poco, con el tiempo volvimos a tratarnos cordialmente y nuestra amistad volvió a su cauce. Pudimos hablar largo y tendido sobre lo que sentíamos. Por eso sé que a Moroto le resultaba imposible enamorarse de una mujer.

Por tanto, que de repente Moroto apareciera y se presentara como el pretendiente de la chica a la que yo amaba resultaba del todo descabellado. Se me pasaron por la cabeza mil conjeturas y al final, era como si, tras enterarse de lo mío con Hatsuyo, hubiera actuado por despecho porque la había elegido a ella y no a él.